



Pinillos de Esgueva (Burgos)

Los caciques disparan contra el pueblo

GONZALO GOICOECHEA

LOS Larrea ni tan siquiera viven en Pinillos de Esgueva, un pueblo de unas 70 casas y unos 45 vecinos que está a la izquierda, según se va de Aranda hacia el Norte. Los Larrea—Ángel, Pedro, Francisco, José María—viven por ahí, diseminados: uno en Toledo, otro parece que en Madrid, otro... En Torresandino, un pueblo vecino, queda la viuda de Larrea. El padre de estos bravos mozos, terratenientes castellanos y matones, era el boticario de Torresandino, y algunos hombres de Pinillos cuentan que se murió de pena, de no poder soportar lo que ocurría. Murió el padre y los hijos quedaron herederos, entre otras, de unas tierras que también reclamaban los vecinos de Pinillos.

Todo empezó hace cuatro años, aunque, en realidad, empezó mucho antes; allá por los años catorce, cuando don Mariano de la Morena compró las tierras.

“O la proeza de un matón, sangrienta”

Don Mariano no conservó mucho tiempo las 900 fanegas (300 hectáreas). Las fincas están detrás de un montículo lleco, entre grisáceo y pardusco. Las vendió. Siempre hubo pleitos sobre su propiedad. En pleno reinado franquista, allá por los años cincuenta, la familia Larrea, dueña de otras tierras, muchas de ellas arrendadas a los vecinos de Pinillos, empezó a cultivar las fincas que habían sido de don Mariano. Los hombres del pueblo sabían que los Larrea no tenían derecho alguno a trabajarlas—aunque, en verdad, quienes las trabajaban no eran los Larrea, sino los peones—. Pero los tiempos no estaban como para protestar. El miedo impregnaba el cuerpo seco y encogido de los hombres castellanos y, además, el alcalde favorecía a los caciques porque era un hombre fiel, servil delegado

de la autoridad todopoderosa.

Durante cerca de veinticinco años la gente de Pinillos tuvo que soportar pacientemente lo que ellos consideraban un expolio. Los Larrea pagaban salarios de hambre a unos hombres que les cultivaban unas tierras de dudosa propiedad pero segura rentabilidad: hoy en día se calcula que producen grano por valor de unos 15 millones de pesetas anuales.

Pero el mismo año de la muerte del general dictador y bajito, en Pinillos cambió el alcalde. El anterior había comenzado los trabajos para la concentración parcelaria. Muchas veces en los pueblos las fincas no están a nombre de los propietarios: los padres las dejaban a los hijos, los dueños las cambiaban por otras más próximas al resto de las suyas, se vendían, se compraban y no era raro que no se fuera al notario, evitando el papeleo engorroso siempre temido por los campesinos, y se limitaran a una inscripción en el catastro municipal. Al hacer la concentración parcelaria se inutilizan los anteriores títulos de propiedad; a partir de ese momento, los dueños se remiten a los nuevos documentos, sin que sea posible ninguna reclamación basándose en otros anteriores.

Los Larrea, como sus congéneres de otros muchos pueblos españoles, eran amigos del ingeniero que llevaba lo de la concentración. Les unía la misma clase social y hasta, en el caso de José María—hijo del boticario—, la misma profesión. “El ingeniero, ya sabe, a lo que decían ellos”. Los terratenientes indignaron al pueblo cuando pretendieron poner como suyas las tierras que todos sabían que eran comunales.

Comenzaron las protestas. Al año siguiente entró de alcalde Silverio de Diego, quien se puso del lado del pueblo. Las labores de la concentración se detuvieron y se fue a juicio. Todavía no hay sentencia. Los hombres de



Hasta hace cinco años no tuvieron agua corriente en las casas de Pinillos. Todavía las calles siguen sin pavimentar.

Pinillos, recelosos, empiezan a creer que no se dictará nunca. Mientras tanto los Larrea se adueñaban, poco a poco, hasta de los caminos de servidumbre, de las vías pecuarias; desaparecían los mojones en la voracidad de los señores ausentes, señoretos pistoleros con modos medievales. Finalmente llegaron al acuerdo de que nadie cultivara las fanegas en litigio hasta que la justicia no se pronunciara. “Pero ellos, con sus influencias, consiguen que ni llegue el juicio ni se arregle la situación”.

El pasado mes de octubre los vecinos avisaron a los Larrea y a sus lacayos que no ararar la tierra. Ellos están seguros, capitaneados por el alcalde, que tienen razón. Se la da, entre otras cosas, el papel que descubrieron cuando anduvieron registrando los cajones y las mesas, los aparadores y los escritorios, los empolvados tomos que había por la

Casa Consistorial. Uno de los papeles lleva fecha del 27 de enero de 1922 y está firmado por todos los vecinos de Pinillos. En él se asegura que las 900 fanegas son comunales.

Los peones que trabajaban para los Larrea se negaron a seguir sirviendo a señores usurpadores. Sin embargo, el sábado 24 de enero un mozo del pueblo se da cuenta de que se están cultivando las tierras. Sesenta personas, hombres, mujeres y niños, encabezados por ocho tractores, se dirigen solidarios a manifestar su protesta. Cruzaron el montículo (*alcores y roquedas del yermo castellano*) y se acercaron hasta la finca. Los hijos del boticario les esperaban detrás de unos montones de piedras. Cuando el grupo estaba a unos 250 metros comenzaron a disparar, terroristas de modos feudales y armas de caza. “Lo que son es unos criminales; lo que querían



"No hace falta hablar nada. Lo que hace falta es justicia".



Once personas fueron heridas por las balas de los caciques. En las fotos, dos de los heridos en su cama del hospital de Aranda.



era matarnos, porque disparaban con cartuchos y también con postas".

Cayó primero un perro. Muerto. La gente se dio cuenta de que aquello iba en serio, que no eran unos tiros para amedrentar. Aseguran que podían haber muerto varios. Once fueron heridos, uno de ellos, Servaldo Higuero de Diego, sobrino del alcalde, de gravedad. Los cristales parabrisas de varios tractores se rajaron por la perdigonada, los impactos, que parecen de bala, dejaron en ellos su huella denunciadora.

Los Larrea y su panda se montaron en un Land-Rover y un tractor y huyeron. Muchos se habían dado cuenta que José María, el de fino bigotillo a modo del dictador que permitía todos sus desmanes, era el que más disparaba. Mientras huían los Larrea continuaban disparando. Sobre la gente. Hasta herir a 11, unos baleados desde la barricada

señoril; otros, desde los vehículos.

"... la severa justicia aguarda que castiga al malo"

En Pinillos de Esgueva no hay cuartel de la Guardia Civil. No merece la pena. El tractorista que huyó ante los disparos de los terratenientes llegó al cuartelillo de Torresandino y contó lo que estaba ocurriendo. Pero el sargento del puesto no se lo creía. Necesitaba para estar seguro algo más que la cara de susto del campesino; necesitaba para creer al pobre que acusa al rico de un certificado médico que garantizara había heridos por arma de fuego. Debía ser el certificado más creíble para él que la presencia de dos heridos. "Nos dijo que igual se las habían hecho con un cuchillo".

En Pinillos de Esgueva tampoco hay hospital. Ni en Pinillos, ni en Sotillos, ni en ningún otro pueblo próximo. Los heridos fueron llevados a Aranda; Angel, Pedro y Francisco Larrea, detenidos después de haber sido avisada la Guardia Civil de Lerma.

En el pueblo quedaron anonadados. No se lo podían creer. "¿Qué van a ser? No son otra cosa que criminales. Disparaban para matarnos a todos. ¿Qué quiere que le digamos? Dios quiera que los del hospital no empeoren".

Hasta hace cinco años no tuvieron agua corriente en las casas de Pinillos. Todavía las calles siguen sin pavimentar. La lluvia y la nieve de la pasada semana embarraban sus calles en cuesta, sus estrechas calles con casas de aspecto pobre la mayoría de ellas. En medio está la iglesia, que tiene un cementerio detrás, usado hasta hace poco tiempo; cuando llevaron las aguas fue cuando hicieron uno nuevo en las afueras. Se cultiva preferentemente cebada cervecera de ciclo corto, aunque también se sigue sembrando trigo y cebada caballar (antes casi todo era trigo).

El día de las elecciones el Gobierno puso un autobús para que pudieran votar en el vecino Sotillos, donde está el colegio electoral. El autobús hizo un viaje por la mañana y otro por la tarde. Lo usaron las mujeres y los hombres mayores. Los jóvenes que votaron fueron en coche.

A la vuelta de Sotillos —el único interventor lo era representando a Unión Nacional— los hombres estaban reacios al diálogo. "No hace falta hablar nada. Lo que hace falta es justicia. La

que se tiene que pronunciar ahora es la justicia". Pero, poco a poco, se van confiando, vencido el recelo por la necesidad de vencer una vez más lo que les pasa, la lentitud de los Tribunales, el olvido de los organismos estatales, la agresión criminal de los Larrea. "Siempre ha sido así. Cuando la concentración tenían al ingeniero de su parte y sólo les hacía caso a ellos. Y ahora, según dicen, están enredando para que no salga nunca el juicio. Mientras tanto, todos los pueblos tienen ya hecha la parcelaria y aquí no, aquí todo son perjuicios".

Hace unos años eran más habitantes en el pueblo. Unos 170. Ahora no llegan a 125. Se fueron las familias en busca de trabajo. Los que se quedaron siguen cultivando la tierra. Algunos jóvenes trabajan en la Michelin de Aranda de Duero u otras empresas. Pero varios siguen de labradores (o compaginando la industria con el campo). Diez de ellos —una mujer también herida tiene niños y la casa y no puede abandonarlos— están en el hospital Memphis de Aranda. No pudo votar ninguno. Tampoco el día anterior hubieran podido, de haberlo deseado, tomar la ceniza cuaresmal. Las balas de los Larrea les hirieron. Los periodistas llegaron constantemente.

Pero no se fían de ellos. El "Diario de Burgos" (el mismo que tituló cuando se celebró un festival de "rock" "La mierda llega hasta Burgos") hizo la información tomando partido por los señores que disparan contra el pueblo. En la soleada tarde electoral (pasados los carnavales, vendrán los conservadores, buenos administradores/de su casa) su desconfianza es total. "Ya hemos contado todo miles de veces. Lo que queremos es curarnos". Están siete en una habitación; los otros dos, en otra, porque están más graves y porque son padre e hijo. Muestran la camiseta ensangrentada, agujereada. Pero, de pronto, uno de ellos grita ronco: "Ya está bien, chavales, de hacer preguntas. Dejados en paz de una vez". No se fían de los periodistas: "Siempre ponen todo al revés".

En el pueblo los hombres y las mujeres, igual que los enfermos y sus visitantes, se mostraban exóticos. Al parecer, los tres detenidos, los tres Larrea, habían sido puestos en libertad bajo una fianza de 50.000 pesetas. "¿Eso es justicia?". (*) ■ Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

(*) Los versos citados pertenecen a "Campos de Castilla", de A. Machado.